



3

10 DE MAYO — 1873

El otoño estaba en su apogeo. Colchones de hojas cobrizas y doradas cubrían las veredas de la ciudad. El cielo límpido y la brisa mañanera cada vez más fresca, acompañaban el rápido caminar de los fieles hacia La Merced, respondiendo al llamado de sus campanas para la Misa. Ya sabían que sería una Misa especial, ya que uno de los jóvenes que habían sido ordenados sacerdotes, hacía poco más de diez días atrás, hoy celebraría su Primera Misa. Ya antes de pisar el atrio, las mantillas cubrieron la cabeza de las damas, mientras los caballeros descubrían la suya manteniendo en sus manos los sombreros de fieltro. Poco a poco el pequeño templo fue llenándose⁵.

En la capilla del Noviciado, Fr. José León se revestía lentamente, saboreando cada movimiento, repasando en su corazón las palabras y los gestos de Mons. José Vicente Ramírez de Arellano en aquel inolvidable domingo de su ordenación sacerdotal. Le

⁵ La Primera Misa de Fr. José L. Torres, fue celebrada en la actual sacristía del convento de Córdoba, habilitada como templo mientras se construía la Basílica, la cual fue bendecida e inaugurada poco después, el 1° de junio del mismo año.



parecía sentir, todavía, las manos del Obispo sobre su cabeza, mientras la Gracia se derramaba en su interior haciéndolo mirar no tanto su pequeñez y fragilidad, cuanto la grandeza y poder de Dios que lo consagraba a Su servicio.

Miró sus manos... las mismas que lo habían ayudado a trepar árboles en su niñez serrana, que se sujetaron al trabajo fino en las actividades escolares, las que llevaron alivio a los enfermos durante la epidemia de cólera cuando era novicio... las mismas en las que hoy, por primera vez, se obraría el Milagro: todo Dios, hecho Pan y Vino, para Su pueblo.

Unas palmadas en su espalda lo volvieron al presente. Sus hermanos de comunidad ya estaban listos para comenzar, y la alegría reinaba a sus anchas entre ellos. Sin embargo, no estaban todos: algunos seguían aferrados a su vida autónoma e independiente, y se hacía notorio el alejamiento disidente con el P. Morales y con quienes trataban de aceptar la vida común.

Fr. José sacudió la cabeza, como queriendo alejar esos pensamientos, y con una gran sonrisa se volvió hacia sus hermanos, ya ubicados para el ingreso procesional. Él se colocó en el último lugar, junto con el P. Avelino Ferreyra, su Ex Maestro y Superior, que oficiaría como Padrino de Altar; ambos precedidos por el Diácono. Era un luminoso día sábado, y como no podía ser de otra manera, la liturgia electa fue la Misa de la Santísima Madre de la Merced.

La unción y modestia del nuevo sacerdote eran visibles en cada movimiento, mientras era asistido sobria, pero solemnemente, por su Padrino. Después de proclamar el Evangelio, el Diácono dejó su lugar al P. Morales quien, luego de arrodillarse ante el Celebrante y pedir la bendición, partió hacia el improvisado púlpito, desde donde dirigió su palabra a todos los fieles.

Todas las miradas estaban puestas en el orador, a quien ya reconocían, a pesar del poco tiempo que llevaba en la comunidad – menos de un año –, por la gravedad de su porte y por la influencia notoria en el cambio alegre y esperanzador de la vida religiosa que imperaba en La Merced. Él estaba feliz y no lo disimulaba. En esos pocos meses había descubierto en este “Caballero de la Merced”, Fr. José León Torres, no solamente un



llamado auténtico de Dios, sino un deseo y propósito firmes de entregarse con todo su ser a esta vocación recibida. Y en alusión directa al Evangelio proclamado, le encomendó la misión de cuidar los corderos... los estudiantes en el Noviciado, colaborando con el Maestro Fr. Rufino Escobar.

En el momento de la Elevación, el joven sacerdote experimentó en sí mismo lo que significaba ser mediador entre Dios y los hombres. Sentía sus pies en la tierra, sentía la presencia del pueblo a su espalda, pero en sus manos estaba el Cielo... Llegada la Comunión, su delicadeza fue suma al depositar la Hostia en la boca de los fieles, mientras su rostro traslucía una infinita ternura.

En el silencio de la acción de gracias, su alma quedó enmudecida. ¿Qué pedir que ya no lo hubiera recibido? ¿Cómo agradecer, si ninguna palabra era capaz de expresar su gratitud? En su actitud adorante se sintió sobrecogido por la Presencia que lo inundaba, aunque con la profunda paz de sentirse amado sin medida...

Terminada la Celebración, mientras saludaba a la feligresía que se retiraba, recibió emocionado los augurios de fecundidad y fidelidad en su ministerio, como así también los besos reverenciales en sus manos consagradas. Sacerdote de Dios, ¡para siempre!... ¡Lejos estaba de poder imaginar los planes divinos en los que él mismo llegaría a ser, para su pueblo, testigo y mediador!